

Nuestras Flores

Luz Saltalamacchia

LES
editorial

Primera edición: marzo de 2024

© Luz Saltalamacchia, 2024

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2024

© Yamuna Duarte (IG @layamucree_), ilustración portada, 2024

© Sara Marco, ilustraciones interiores, 2024

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-19879-12-7

Depósito legal: MU 112-2024

IBIC: FA, FRD

Impresión: Podiprint

Impreso en España - Printed in Spain



La EDITORA dispone de los derechos exclusivos sobre la obra amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com). Queda expresamente prohibida extracción, almacenamiento y puesta a disposición de los usuarios de todo o parte del contenido de la presente obra a los efectos de minería de textos y datos de conformidad con el Real Decreto-ley 24/2021 de 2 de noviembre y legislación complementaria. Queda expresamente prohibida el ejercicio del derecho de transformación y la realización de obras derivadas sobre la presente obra, en todo o en parte, mediante el uso de programas de inteligencia artificial sin el permiso expreso de los titulares de derechos.

«Pero la Lujanera, que era la mujer de Rosendo,
las sobraba lejos a todas. Se murió, señor,
y digo que hay años en que ni pienso en ella,
pero había que verla en sus días, con esos ojos.
Verla, no daba sueño».

JORGE LUIS BORGES, *Hombre de la esquina rosada*.



Acompaña la lectura con la banda sonora de este libro.

Nota de la editora

Cuando Nuestras flores llegó a mis manos, lo primero que me llamó la atención fue la prosa fresca y ágil en primera persona de la protagonista, a veces dura y a veces divertida y deslenguada, en apariencia ligera pero atravesada por temas y realidades densas y complejas... Como las flores que dan título al libro y a cada uno de los capítulos, cada una con su esencia, color, aspecto. En su conjunto formarían un ramo lleno de contrastes y claroscuros, pero prevalecería el color, la esencia positiva y bella de las flores. Así me ha parecido esta obra de Luz Saltalamacchia tan llena de matices.

Cuando apenas llevaba leídos unos capítulos, ya sabía que sería un sí. Tengo que reconocer que tanto a mí como al equipo de LES nos daba cierto respeto enfrentarnos a un texto escrito en la variedad argentina; no queríamos meter la pata corrigiendo de más o de menos por no estar familiarizadas con el voseo y el vocabulario propio de este país. Tuvimos asesoras para ello y estamos muy satisfechas con el resultado final, ha sido una experiencia muy enriquecedora. Si tú tampoco sueles leer en esta variedad, te invito a que le eches un ojo al glosario que hay al final del libro, ite será de gran ayuda para no perderte nada!

En la mayoría de ocasiones tenemos muy clara la ubicación de una obra en un género u otro y, por tanto, la inclusión en una de las colecciones de la editorial (ya sabes, una por cada color del arcoíris).

Finalmente, la hemos ubicado en la colección roja, la romántica, pero le hemos añadido el adjetivo «intimista», porque sí, es una historia de amor romántico, pero es muchísimo más que una novela romántica tradicional: se habla de la amistad, de la familia, de la maternidad, de las relaciones tóxicas, de los errores que se repiten, de la salud mental, y todo ello más allá de la relación romántica sáfica de la obra. Esta relación que se va gestando a fuego lento a lo largo del libro forma parte del viaje vital de la protagonista durante la novela, es una pieza más de su evolución, pero una de las más importantes, si no la más. Es una relación pegada a la realidad, salpicada de las aristas del día a día. Por eso esta obra la incluimos en la colección romántica y no en otra.

Estoy ansiosa por que tomes este libro entre tus manos, lo huelas, lo abras con delicadeza y lo leas con tranquilidad, sin prisas. Me encantará ver qué opinas de él.

Que tengas un buen y florido viaje.

Barbara Guirao



1

Anémone silvestre: Hastio

Si me tapo la nariz, la sangre se acumula y es peor. Si tiro la cabeza para atrás, me puedo ahogar. Si en media hora no para, llamo al doctor. Si mi novio no me contesta, lo voy a matar.

De tanto mirarme al espejo ya me estaba desconociendo. Yo no era esa, normalmente no. Me rehusaba a aceptar que podía llegar a ser tan fea, a dar tanto miedo, un día cualquiera. Y eso ni siquiera era lo peor, si le sumaba que la sangre caía y se me metía entre los labios, y el gusto metálico me llegaba hasta la garganta (lo tenía que tragar, porque escupirlo era un despropósito). No sabía si yo era tan pálida o la luz me volvía así. Por favor, *que sea culpa de la luz.*

Si me hubieran dicho «qué deseás, qué querés» en ese momento, hubiera respondido que quería salir corriendo: que apenas el sangrado frenara, me iría del baño y me limpiaría en otro lugar, pero ahí no, por favor, ahí no. Tanto tiempo en un lugar me condenaba a odiarlo.

Con una mano volví a marcar el número de Emmanuel y dejé el celular sobre el lavamanos. ¿Qué podía hacer? ¿Qué me tocaba hacer? Si ya había hecho de todo. Solo me quedaba volver a creer en Dios y rezarle, o visitar a alguna bruja para ver si se

trataba de una maldición. Repetí: *Si me tapo la nariz, la sangre se acumula y...*

Entonces escuché el «¿sí, gorda?», y volví la cabeza hacia el celular.

—¡Por fin, Emmanuel, por fin! ¿Tengo que llamar a los bomberos para que me contestes? —dije, con la voz gangosa por la nariz tapada.

—Estoy con los chicos, te avisé.

Aunque lo quería matar, su voz me causó cierta tranquilidad.

—Los chicos no son alérgicos al celular. Lo podés tener cerca por si te necesito.

—¿Mateo está bien?

—Sí, Mateo sí. Yo no.

—¿La nariz otra vez?

—Sí. Y no tengo algodón.

—Uy. —Silencio. Tuve el presentimiento de que la respuesta que quería escuchar no iba a llegar pareja—. ¿Llamaste al médico?

—Me dijo que me pusiera algodón.

Otra vez silencio. Apreté los dientes cuando escuché las risas de los amigos. ¿Por qué los hombres hablaban tan fuerte cuando se tenían al lado?

—Usá algún papelito, no sé, papel higiénico, y después compramos algodón.

—Sos un genio, Emmanuel. ¿Qué te pensás que hago hace media hora? —le respondí, y antes de que pudiera recriminarme que le hablaba mal, cambié de tema—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Tengo que trabajar.

—Trabajar —repetí. La comida sobrecalentada de ayer, la cama sin hacer, el pañal de Mateo. Mateo. Tenía que prender las luces exteriores, calentar leche, bañarlo, bañarme, cerrar la puerta con llave. Dormir sola.

—Sí.

—Es Halloween.

—Estamos en Argentina, Trinidad. Esas cosas dejáselas a los yankees o a la gente que vive en barrios privados.

—Lo digo por Mateo, igual.

—En el canal de Disney van a pasar películas. Ponele eso.

—Yo lo quería disfrazar de algo.

—Tiene dos años, Trinidad. Dos. No le importa.

—¿Y si me disfrazo yo?

Se rio, y yo me reí, y la sangre salió expulsada con más fuerza. Me cubrí con la otra mano y sentí la palma caliente y húmeda.

—¿A qué hora volvés? —le pregunté. No quise, pero sonó como un ruego.

—Cuando termine, gorda. Te aviso. ¿Vos qué vas a hacer?

—Nada. Me quedo con Mateo.

—Cuidate, te amo.

—Yo más.

Y cortó.

Al segundo de haber cortado, toda la cara se me contrajo en una expresión de rabia. La sentí surgir como un brote de agua, porque si de algo tenía ganas en ese momento era de romperlo todo: el vidrio del espejo, el mármol del lavamanos, los azulejos de la pared. Miré el celular con odio. Lo agarré con la mano ensangrentada. Sin ni siquiera voltear la cara, lo tiré y encesté en el inodoro. Podría haberlo arrojado por la ventana, pero no había ventanas en el baño; o podría haberlo estrellado contra la pared, pero Emmanuel siempre veía las abolladuras. La cuestión era que necesitaba romperlo y mucho: que le entrara agua por los costados, que no funcionara más. Quería que no funcionara más.

Apenas escuché el sonido del agua e, inmediatamente después, el golpe del celular contra el inodoro, pude respirar tranquila. Relajé los músculos. Volví a la posición normal: cabeza gacha, ojos venosos, manos sobre los costados. ¿Qué hago acá? Ah, esperar a que frenara. Eso.

Hacía meses que me sangraba la nariz por nada. ¿Qué digo? Hacía años, pero en ese momento, con veintiún años, era peor que nunca. Cada par de días aparecía una gota, a la que seguía un hilo fino, y yo ya sabía que tenía que ir corriendo al baño antes de manchar las sábanas o el sillón. Ah, además, eso: estaba siempre en la cama o en el sillón. Y sola. Me dolía más eso que

la sangre, pero quién era yo para explicárselo a él, justamente a él, que pensaba que era afortunada por no tener que trabajar.

Levanté la cabeza y me miré, otra vez. Me vino a la memoria (no iba al caso) la época en la que no tenía obligaciones, antes de quedar embarazada, en las que salía a tomar sol apenas hiciera un grado de más. Y me bronceaba. Siempre me decían que me pusiera protector, que hacía mal a la piel, y yo me contentaba con no hacer caso porque no sabía, no podía diferenciar entre algo que te hace mal ahora o algo que te hace mal a la larga. Me sentí terriblemente tarada cuando sonreí por eso. Aparte no quería condenar el embarazo, ni ninguna de mis obligaciones, pero (no iba al caso tampoco) me di cuenta de que, cuanto más pasaba el tiempo, menos libre era. Bueno, no, tampoco tan así. Pero de alguna manera antes hacía cosas que ahora quería y no podía.

Y después de un rato, la sangre frenó. Pasé de una posición defensiva, con los músculos atrofiados de tanta tensión, con el cuello tieso por la inclinación, a relajar los hombros y sonreírle victoriosamente al espejo. Me sentía libre. Me enjuagué las manos y me lavé la cara con agua tibia. El calor me reconfortó. Apreté el botón del inodoro e intenté que el agua se llevase el celular (no importaba, siempre había iPhones viejos en una caja que guardaba mi mamá), pero no se fue.

Salí del baño con tranquilidad, incluso feliz. Y me encontré con el resto de la casa, mucho más luminosa, con paredes blancas y cuadros de mi familia. Había juguetes de Mateo por todo el piso y ropa para planchar en una canasta a un costado, con los vestidos floreados de mamá, camisas grises de papá y tres bóxeres negros de Emmanuel. Dos floreros con jazmines de plástico y la computadora de Rosario, entreabierta, sobre la mesa del living, junto con la computadora de trabajo de papá y las carpetas llenas de gráficos azules y rojos. El aromatizante ambiental con aroma a vainilla y el olor de las milanesas quemadas de la noche anterior se mezclaron, y no supe cuál era más real.

Cuando entré a la habitación de Mateo, noté que las ventanas estaban abiertas. Seguramente desde ayer.

Y hacía frío.

—No te escucho —le dije—. Habla más fuerte.

Tenía el celular sobre el cachete y el hombro, y hacía fuerza con el cuello para que no se me volara; con las manos, movía las polleras y hacía el típico sonido de la percha arrastrándose sobre el caño. Mateo, desde el carrito de compras, me miraba a mí y a todo lo que lo rodeaba. Saludaba a cualquier persona, con su manito regordeta y los dientes de leche a punto de salir por completo, yo escuchaba a los otros que le decían «¡hola, bebé!» o «¡qué lindo!». Ni se me ocurría contestar, porque la gente que hacía ese tipo de cosas me resultaba extraña. Así que seguí con la mirada fija en las polleras y las moví de un lado a otro. Pasé las de cuero, porque tenía mil; las rojas, muy llamativas; ¿amarillo?, ¿qué?; ah, verde militar. Verde, sí, sí, sí.

—Te digo que le busques algo un talle más grande. Mateo creció un montón. En la parte de bebés, a la derecha...

—Sí, ya sé cuál es la parte de bebés. —Miré a un costado y noté las remeras de noche, que parecían más pezoneras que otra cosa, y me acerqué.

Por la derecha pasó una vendedora, con camisita blanca y el nombre colgado del bolsillo delantero, y le sonreí. El *shopping* era un cúmulo de gente hablando, cajas registradoras y alguna que otra persona gritando el nombre de otra. Me gustaba sobre todo el aroma a limpio, a tela nueva.

—Bueno, ahí —dijo mi mamá. Por un momento me había olvidado de que estaba en el teléfono—. En la parte de pijamas, hay como unas remeritas peludas. Están forradas con lana o algo así.

—Sí, sí, las estoy viendo. —dije. Pero en realidad no. En ese momento encontré un *body* negro, con encaje de flores desde el cuello hasta la cintura. Me pareció hermoso. Si lo combinaba con la pollera verde, podría hacerlo pasar por un disfraz militar de dudosa procedencia. Revisé el precio y lo puse en el carrito de compras.

No es que no me importara lo que me decía. Solo creía que no tenía razón, pero hacérselo entender podría llevar a

una discusión de dos horas. Porque si el bebé tuvo frío, no fue porque el pijama no tuviera forro de lana, sino porque alguien dejó la ventana abierta. ¿Qué significaba eso? Que Emma era culpable. ¿Pero cómo le iba a echar la culpa a su yerno querido, el más bueno, el que soportaba a su hija menor, el que tenía muchísima plata como para borrar todos sus errores? Y como yo no sabía nada de psicología, no podía contra esa negación.

—¿Qué colores hay? —me preguntó mamá.

—Los de siempre: azul, verde, rosa...

Seguí removiendo en la ropa, buscando algún otro body.

—Comprale uno azul.

—Perfecto. —Caminé hasta la parte de zapatos y busqué con la mirada. Mateo se divertía jugando con la pollera y yo lo observaba de reojo cada tanto para asegurarme de que no se lo hubieran llevado. Estaba entrando en la etapa charlatán, algo de lo que me advirtió el pediatra: soltaba frases aleatorias, comentaba los colores, se reía en voz alta y, cada cinco segundos, decía «mamá», pero no me llamaba para algo importante en términos adultos (y por eso creía yo que mucha gente no aguantaba a los niños), sino para que lo viera a él.

—Vas a ver que ahora no va a tener más frío por la noche —dijo mamá.

—Tendríamos que probar con cerrar las ventanas también.

—Ahora, ¿no hay ninguna chance de que vos, sin querer, hubieras dejado la ventana abierta y que...?

—¡No! Fue Emmanuel, mamá. Si ayer casi ni estuve en casa. Y él fue el último en verlo. Habrá pensado que hacía calor. Si Emmanuel es más tarado...

—¿Cómo que te fuiste? No podés dejar a tu hijo solo.

—¡A comprar, mamá! Y lo dejé con Emmanuel.

—Tampoco tardaste tanto, entonces.

—Entre estacionar en pleno centro, buscar las cosas que me pediste vos, que me pidió él...

—¡Pobre él, encima que...!

—Basta, mamá. Ya está. Ya está. No quiero hablar de eso.

—Bueno, bueno. —La escuché suspirar. Para ella, salir corriendo a comprarle ropa a pedido de ella *porque sí*, estar encerrada todo el día, con mi hijo, no era suficiente: también tenía que procurar estacionar rápido para llegar antes a mi casa—. ¿Y Emmanuel cómo anda?

—Por ahí, con los amigos.

—Se merece. Se merece salir un poco. Ese chico trabaja mucho.

—¿Cuándo vuelven? —pregunté. Agarré un par de tacos de aguja. Olían a cuero nuevo.

—En dos semanas. Pero Rosario tal vez se quede.

—Va a faltar a mi cumpleaños, entonces.

—Y bueno, hija...

—¿Por qué? ¿El novio de turno se lo pidió?

—No seas así con ella. Es el prometido.

—Como el anterior, ¿no? Hasta que le prestamos mil dólares. Y después desapareció. Puff. —Esbocé una sonrisa. Mateo me estaba llamando otra vez, quería agarrar mi teléfono.

—¡Pero, Trinidad...!

—Ya faltó el año pasado porque el novio de turno estaba enfermo. ¿No podés decirle nada, mamá?

Un recuerdo de la niñez me vino a la cabeza en un instante fotográfico: Rosario y yo, con ocho y tres años, agarradas de la mano, sonriéndole a la cámara.

—¿Qué querés que le diga? Ella está demostrando que sería una buena esposa, una buena mujer. Así se hace. No al revés. No se empieza teniendo hijos, eh.

Apreté los zapatos. Al principio no me di cuenta; después, cuando bajé la mirada y vi mis dedos exprimiendo el tacón, lo solté de golpe y se cayó. Si hubiera tenido a mi mamá a pocos metros, le hubiera revoleado la punta del tacón a la frente. Ahí, entre las dos cejas depiladísimas y las manchas que se tapaba con base de un tono más claro que el suyo.

—Te callaste. ¿Qué pasó?

—¿Qué querés que te responda? —le contesté, dando media vuelta y alejándome con el carrito—, si vos me dijiste que...

Frené. Fue por el *shock* de verla ahí. Mi mamá se quedó esperando mi respuesta del otro lado, pero a diez mil kilómetros, y yo no pude cerrar la boca, aunque no estuviera diciendo nada. Alrededor mío las personas movieron perchas, gritaron de una punta a la otra, llamaron nombres desde el probador. Mateo me miraba a mí, fijo, como si quisiera descubrir qué me pasaba. Capaz ese momento de silencio duró unos segundos, pero cuando vi a Aiz, dejé de ver a los demás.

Mirá dónde te vengo a encontrar.

—¿Qué pasó? —me preguntó mamá.

Una morocha de ojos azules alzó una remera con flores celestes y la soltó enseguida. Le vi la nariz pomposa, los labios de tonos rosados y degradados, y las manos pálidas sujetando remeras que veía con asco. Era su cara de asco. No había otra igual en el mundo.

—Nada, nada. Después te llamo. —Y la corté.

Empujé el carrito por entre las perchas, dentro de la zona de ropa de verano, y estiré el cuello para verla mejor. Capaz me había confundido. ¿Cuántas morochas de ojos azules había en Argentina? Igual el pelo era muy oscuro, muy brillante. Y los ojos, muy azules. Si a Azul Regantes la confundía, entonces tenía que ir al médico, porque me fallaban los sentidos y porque confundirla a ella era como olvidar mi voz. ¿Pero cabía la posibilidad de que se hubiera venido de Bragado a la capital de Buenos Aires, desde ese pueblucho hasta esta ciudad atiborrada de luces, vehículos y hollín? Sí, la misma posibilidad de que cayera un meteorito y nos matara a todos. Y me agarré el pecho. Estrujé la camisa con la mano.

Continué caminando, pero ahora con pasos nerviosos. Atravesé la zona de ropa de verano, me moví entre los pantalones. Mateo parecía divertirse con la persecución, mientras que yo agarraba el carrito con fuerza y apretaba los dientes.

¿Dónde carajos se fue?

Frené.

Si me la cruzaba, si llegábamos a coincidir, ¿qué le iba a decir? Era absurdo.

Aflojé las manos y tragué saliva. Absurda yo que la perseguí sin pensarlo. De todas formas, me resultaba raro que estuviera ahí, de todos los lugares del mundo. Una persona que no veía hacía dos años y que pensé que no iba a volver a ver nunca más. ¿Y si no la veía más? ¿Cuál era el problema?

Seguí recorriendo, con la cabeza ahí, puesta en ella. Primero no tenía por qué preocuparme de encontrarla o no, porque ya había dejado de ser alguien en mi vida. Porque si yo me moría, su vida seguiría igual. Y si en su momento la traté como a una parte de mi cuerpo y ahora no cruzábamos palabras ni en nuestros cumpleaños, ¿por qué tendría que correr por el *shopping*, con un bebé de dos años, para buscarla? La última vez que nos encontramos fue en la graduación... ¿o después? No, en la graduación. Porque yo después me quedé embarazada, y ella desapareció.

Cuando la fui a buscar, ya no estaba más. Aparte, todo terminó muy mal para, llegado al caso, cruzarnos y hacer como si nada hubiera pasado, porque sí pasó, y con lo fría que era, seguro que no se había olvidado.

Entonces, no entendía, no podía explicarme el porqué de la emoción. Por qué volver a verla, aunque solo fuera un atisbo de su imagen, me aceleró el corazón.

Y tenía la mente perdida y caminaba despacio, como sin sentido, cuando de repente choqué con una persona. Cuando levanté la mirada, Aiz me estaba observando.

—Perdón —alcancé a decir.

Me miró con ojos helados. Su cara no reflejaba sentimientos, sino indiferencia. No me reconoció.

No contestó. Se apartó y se metió en los probadores.

Y yo, tras ese momento, no me sentí igual. Como si de repente me hubiera cansado después de correr mucho, y el cuerpo me pesara y el día se hubiera vuelto noche. Volví a dejar en su lugar la pollera verde, el *body* negro y los tacos. La pollera era demasiado cuadrada, el *body* seguro que ni me entraba y los tacos parecían incómodos con solo verlos.



2

Jacinto púrpura: Pesar

Me levanté a las cinco de la mañana con el corazón en la boca, con los ojos abiertos sin poder ver. Sonaba el teléfono (uno diferente, que saqué del cajón donde mamá guardaba los iPhones usados). Al primer pitido ya alcé la cabeza y sujeté el celular.

Contesté sin siquiera fijarme quién era.

—Trini, escuchame.

—¿Quién es? —pregunté.

—Yo, *boludísima*.

Presté atención: la habitación oscura, las ventanas abiertas. Entraba aire tibio de la primavera que hacía ondear las cortinas blancas. La tele se había apagado sola. Escuchaba la respiración agitada de Ciru, su voz grave y rasposa, como la de una fumadora compulsiva. Mi mejor amiga desde la adolescencia (desde que empezaba a perder la amistad de Aiz, en realidad) todavía tenía el descaro de llamarme a altas horas, al igual que a los diecisiete años, cuando nos enterábamos de algún chisme.

—¿Qué pasa?

—¿Viste la foto que te mandé?

—No.

—Es Emmanuel.

Si el corazón había vuelto a su lugar cuando escuché la voz de Ciru, ahora estaba nuevamente arriba, entre la garganta y los ojos. Me presionó con fuerza. Sentí el nudo, la boca seca.

—¿Qué pasó con Emmanuel?

—Es el auto de él, ¿no? Es su patente. Creo.

Salí de la llamada, sin cortarla, y entré a los últimos mensajes: dos de mi hermana Rosario, mostrándome lo que le había comprado al novio de turno; ninguno de papá, aunque le mandé «buenas noches»; uno de mamá, pidiéndome que no me olvidara de cerrar las ventanas; y el último, el de Ciru. Era una foto de una casa sobre una calle oscura. A través de las ventanas se podían ver luces de diferentes colores. Pero eso no era lo importante, o en lo que Ciru no quería que me fijara: sino en el auto estacionado. Un Audi blanco con dos líneas negras sobre el capó, una frase en mandarín, el número «33» en la puerta trasera: tan distintivo que solo un ridículo como él podría haberle hecho eso al auto que le había regalado mi papá.

—¿Qué hace ahí?

No es la primera vez, no es la primera vez, no es...

—Calculo que es una fiesta, por las luces —me dijo Ciru—. Me lo pasaron por privado en Twitter. Una cuenta sin nombre.

¿Cuenta sin nombre? ¿Por Twitter?

En un momento, indagué en los mensajes privados de Twitter y vi que una cuenta sin nombre, con un usuario parecido a «12225433cosa» me había mandado un mensaje. Era la foto. Pero no decía nada más. Entré al usuario y se había creado este año. Tenía un solo tweet. Decía: «No importa quién, sino qué».

—A mí también me pasaron la foto por Twitter.

—¡Viste!

—¿Dónde queda esta fiesta de mierda? —Emmanuel me dijo que trabajaba hasta tarde, son las cinco de la mañana, se piensa que soy boluda, me dejó sola con el pendejo, se fue de joda, cuando lo vea lo mato, o mejor ni lo veo, o mejor agarro mis cosas y me voy, pero a dónde me voy, hay un hotel cerca.

—¿No tenés la dirección? Porque a mí el anónimo me mandó una. Capaz es...

—A mí no me mandó nada más. Necesito que me la envíes.

—*Te la paso.* —Me llegó el mensaje de Ciru enseguida, como si hubiera tenido el dedo esperando para presionar el botón de «enviar».

Quedaba del otro lado de CABA, pasando por el Obelisco hasta llegar al *shopping* de Devoto. ¡En Devoto! Desde Puerto Madero serían cuarenta minutos, tal vez más. ¡De-vo-to! Pero la bronca que me nacía y me erizaba los pelos me hubiera propulsado hasta cualquier ubicación. Me sentía engañada, usada, humillada, desvalorizada, incomprendida. Lo quería agarrar del cuello y verlo llorar. Prohibirle todo. Otra vez. Ser mala, mala de verdad, justiciera, vengadora. Tenía que aprovechar ese momento de ira para ir a buscarlo, porque sabía que el tiempo jugaba en mi contra. Cuantas más horas pasaran, más probabilidades tenía de perdonarlo sin ni siquiera escuchar una palabra de amor.

—Ciru, ni volando llego rápido —le dije, imaginándome todas las vías posibles para alcanzarlo.

—*¿Y qué vas a hacer, entonces?*

—Bueno, agarro al pibe y lo traigo de los pelos. Y si necesito quedarme unos días en tu casa, más te vale que tengas mi cama preparada.

—*Obviamente, reina* —me respondió. Casi que la escuché sonreír—. *Avisame cuando llegues. Está muy oscuro afuera.*

Primero marqué el número de Emmanuel, quien, por supuesto, no me contestó. Después, me levanté de la cama. Busqué a Mateo con la mirada. «Cuando seas grande, te voy a contar sobre hoy, y sobre todas las veces anteriores». Lo sujeté entre los brazos, abrió los ojos. Me miró. «Cuando seas grande, me vas a ayudar a traer a tu papá de los pelos».

—No podía ser más lejos, nena.

—Ya lo sé, Ramiro. Si no, iría caminando —le respondí.

Ramiro me miró por el espejo retrovisor. Olía a tabaco rancio y aceite de coche. Si los taxis en Buenos Aires no estuvieran

siempre ocupados por turistas, o si la remisería, esa agencia de choferes a dos cuadras de casa, no estuviera disponible a cualquier hora, seguro que hubiera prescindido de Ramiro. Tal vez no lo habría llamado nunca más. Pero ahí estaba. Rezando por que ese auto no me generara ganas de estornudar cada vez que me sentaba en las butacas traseras. Ramiro, por su parte, tenía la particularidad de observar de costado, responder con voz tosca y hablar levantando el dedo índice, aunque lo hubiera perdido (cortado por una máquina) hacía veintitrés años mientras trabajaba en una fábrica de repuestos. Si lo habrá contado. Puff.

—¿Y el nene? ¿No tienen mayordomos que lo cuide?

—¿Te podés callar?

Abracé a Mateo. Lo arropé contra el abrigo. Afuera apenas se podían distinguir las casas: la luz amarillenta de los faroles alumbraba algunas zonas. Y no había nadie.

Al rato, cuando ya íbamos por mitad de camino, Ramiro bajó la mirada hacia su celular (sin dejar de avanzar por la calle) y escuchó un mensaje de voz que decía «hay una chica que quiere que la llesves, está en...».

Ramiro le contestó en otro audio. Le dijo que en treinta minutos la pasaba a buscar, y a mí no me dieron los cálculos, porque en treinta minutos apenas estaríamos llegando a mi destino. Hasta que sentí el impulso hacia atrás y el auto salió disparado. Agarré a mi hijo con pánico y solté un alarido.

—¡Más despacio! —le grité, con la bronca que me subía en forma de fuego por la garganta.

Ni con el cinturón dejaba de saltar. Las lomas de burro las pasaba a cincuenta y frenaba solo cuando tenía que ver si venía un auto de los costados. Y yo tenía la bronca acumulada en forma de nudo ardiente en la garganta, y le hubiera escuchado con tal de sacarme ese sabor amargo y lleno de odio que me generaba, sobre todo, cuando la gente fingía que no me escuchaba.

—¡Te estoy hablando! ¡Te dije que vayas más despacio!

Después del tercer grito, bajó la velocidad. Todavía me bombeaba el corazón lleno de furia. Me costó respirar con norma-

lidad. *Te juro que en un mes voy y saco la licencia de conducir, hijo de...*

A los veinte minutos, Ramiro frenó y gracias a Dios o, mejor dicho, al cinturón, no me di en la cabeza contra el asiento delantero.

Con el corazón en la boca, miré por la ventana. El vidrio estaba empañado, pero distinguí bloques de departamento a excepción de una sola casa, con un parque delantero con tres líneas diminutas de pasto. En la dirección que me había mandado Ciru, evidentemente hubo una fiesta: había vasos de plástico por todo el piso, botellas de alcohol rotas, ¿manchas de sangre?, un zapato roto. Un hombre juntaba toda la mugre en una bolsa de consorcio negra. Pero esa era la cuestión: *hubo*. Ya no había más. No había música. No había gente.

—Son siete mil en total —me dijo Ramiro, con voz ronca y alerta, llamando mi atención.

—¿Por qué tanto?

—Por tu novio —aclaró mirando su celular, pero luego levantó la mirada como si algo le hubiera asustado, y añadió—: Por sus amigos, en realidad. ¿Me pagás o no?

Mateo, medio dormido, apretaba la cabeza contra mi pecho. Durmió durante todo el viaje. Pero escuché en alguna red social que los bebés acostumbrados a los ruidos fuertes, como el de la aspiradora, no suelen alterarse tan fácilmente ante los cambios bruscos. ¿Será que los gritos de las peleas lo acostumbraron?

—Ah. —Saqué mi billetera, siete billetes de mil, y se los dejé en el asiento del acompañante.

—Sos muy confiada, nena —me dijo Ramiro, contando los billetes con sus manos grasientas y en tono de burla.

—Es porque sé que vos no me cagarías, ni loco me traicionarías. —Mientras lo decía, ni siquiera levanté la mirada de mi cartera: acomodé la billetera, las llaves de casa, arrojé a Mateo y abrí la puerta. Y antes de salir, le dije—: Porque cagarme a mí es cagar a mi papá.

Y después no vi su cara y su reacción, pero estaba acostumbrada a sentirla. Cada vez que mencionaba a «papá», Ramiro se

enderezaba y ya no me decía «nena», ni me trataba de millonaria tonta. Algunas veces lo escuchaba aclararse la garganta, y otras no volvía a dirigirme la palabra por el resto del viaje.

Apenas salí del remís, Ramiro aceleró y se perdió de vista en la intersección. Me acerqué al hombre que limpiaba.

—¿Y la fiesta? —pregunté.

El hombre alzó la mirada. Tenía los ojos rojos, y se concentraron en Mateo, algo extrañado de que hubiera aparecido un nene. Justo en ese momento, mi bebé se enjugaba los ojos mientras observaba su alrededor. Acto seguido, dijo «mamá, hace frío, mamá».

—Se terminó hace como una hora.

—¿Cómo?

Levantó los hombros, como queriendo decir «sí, es así».

—¿Sabés si Emmanuel Fernández estuvo acá?

Chasqueó la lengua.

—Hasta el Diablo estuvo acá —me contestó, y siguió barriendo botellas.

A menos de una cuadra podía ver las luces de una estación de servicio, así que caminé. Solo entonces fui consciente de la gravedad del frío que me entró por las partes rotas del *jean*, por las mangas y el cuello, y tuve ganas de estornudar. Aunque fuera primavera, algunas noches parecían retomar el invierno. El viento húmedo movía las hojas verdes de los árboles gigantes de Tala. Cubrí a Mateo con mi abrigo y apresuré el paso. Pero él no estaba contento. Se había puesto chinchudo, y empezaba a mover las piernas con fuerza y velocidad como protesta. «Casa, casa, casa» repetía Mateo, una y otra vez. *Si él no fuera así, yo no estaría acá, y su bebé y yo no estaríamos pasando frío, porque no tenemos por qué pasar frío, si en casa siempre está calentito, no entiendo por qué se va, si en casa...*

Abrí la puerta de la estación de servicio, pero la mujer que atendía no levantó los ojos del celular. El televisor marcaba las seis de la mañana, los grados de sensación térmica y las probabilidades de lluvia. Me senté en una de las mesas, envolví a Mateo en mi abrigo y lo mecí.

La lluvia solía ponerme de mal humor. Antes la disfrutaba porque significaba ver películas con mi novio, tomar té o esas cosas de gente tranquila. Cuando Emmanuel empezó a tener turnos rotativos, la lluvia dejó de ser lo que era. Ya nunca más lo fue.

Afuera el cielo comenzaba a teñirse de los colores de la madrugada. La oscuridad se disipaba. En la ciudad éramos solo nosotros, en medio de una persecución sin sentido, a una cuadra del shopping de Devoto. Me pesaba la cabeza y los párpados del sueño. *Porque si me hubiera quedado...*

Marqué el número de Emmanuel y esta vez sí me contestó. No lo dejé ni respirar.

—¿Dónde estás?

—*En casa, amor.*

—¿Me viste cara de estúpida?

En ese momento, Mateo comenzó a llorar y la cajera levantó los ojos del celular.

—Te lo pregunto otra vez: ¿me viste cara de estúpida?

No me contestó.

—¿Dónde estás?

—*En casa. Llegué recién.*

—Te voy a pasar mi dirección. En veinte minutos te quiero acá, ¿me escuchaste?

—¿*Me podés dejar explicarte? No sabés lo que pasó en realidad.*

—En veinte en la estación de servicio —le dije, y corté.

Le pasé mi ubicación en tiempo real y me quedé viendo la pantalla de la estación mientras intentaba calmar a Mateo. En el noticiero había una mujer parada. Al segundo mostraron un vídeo de un periodista pasándole el micrófono a otra persona de la calle. Hablaba con el rostro congestionado, con las manos temblorosas. Yo no los escuchaba: tenía los oídos tapados por un zumbido agudo, pero no me preocupó. *Tal vez, si no hubiera salido como una loca, ahora estaría en casa y habría visto a Emmanuel llegar. Estuve mal en irme así, tan rápido. Podría haberme quedado, llamarlo algunas veces más, alarmar a los viejos. Los de él, no los míos. Los de él. Porque los míos se meten y es peor. Ahora,*

¿desde cuándo una fiesta termina a las cuatro de la mañana? La peor fiesta del mundo. Seguro Emma la pasó mal, y por eso volvió. Me debía de extrañar. No nos vimos en todo el día.

—Señorita —me dijo la cajera, con voz forzada y el cuerpo inclinado sobre la caja. Yo me espabilé y la miré—, le sangra la nariz.

Enseguida me toqué los labios y lo sentí: el gusto metálico. Que si bien dos veces en un día no era un récord, ahora tenía la boca y el cuello empapados con sangre caliente, y la remera nueva se me había arruinado para siempre; y ni hablar del abrigo con el que protegía a Mateo del frío. La sangre había caído a pocos centímetros de la cara empapada de lágrimas de mi hijo, que había dejado de llorar tal vez porque las gotas de sangre llamaron su atención. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? La mujer me observó distante mientras yo apoyaba a Mateo sobre la mesa y hurgaba en mi bolso. No era momento. Si entraba al coche de Emma así, se iba a enojar conmigo. Además, ¡la remera nueva! Y me dolía. Siempre había dicho que no, pero la nariz me dolía como si me estuvieran metiendo clavos por los orificios. Moví la mano frenéticamente por todo el bolso hasta que caí en que no tenía y que tampoco había ido a comprar antes. Así que me dirigí a la cajera y le dije:

—¿Por casualidad tenés algodones?

—No, lo siento —me respondió, con falsa lástima—. Pero tengo curitas si querés.

¿Curitas? ¿Para una hemorragia nasal?

—No, no, gracias —le respondí—. ¿Hay baño?

—Sí, pero no hay papel higiénico.

—¿Cómo que no?

—Tampoco querías usar el papel higiénico de una estación de servicio. —La cajera miró el piso, y tardé en darme cuenta que estaba fijándose en las manchas de sangre que tendría que limpiar más tarde—. Hay una farmacia a tres cuadras.

—Eso sí. ¿Para qué lado?

Me señaló la avenida y le pregunté entre qué calles exactamente. No me supo responder. Le iba a decir que gracias por su utilidad, que la próxima le preguntaba a la silla que seguro me iba

a ser de más ayuda, pero ya había peleado con suficientes personas (y todavía me quedaba pelear con más). Agarré a Mateo y salí.

Cuando choqué contra una ráfaga de frío y calculé tres cuerdas en mi mente, se me estremecieron todos los músculos. Me coloqué el abrigo manchado y traté de avanzar rápido. Sostenía a Mateo con un brazo y la cartera con el otro. A pesar de que se me dormía el brazo, no podía sentir dolor, solo rabia. En cualquier momento podría encontrarme de frente con un ladrón, un borracho o alguien que quisiera lastimarme, lastimarnos. Me temblaban las piernas, y los brazos se me empezaron a aflojar: el peso de ambas cosas me hacía transpirar frío. *Si yo no me hubiera ido de casa, si lo hubiera esperado, soy una inconsciente, soy...*

Todavía no era de día, tampoco de noche. Y yo cada vez sangraba más. Traté de taparme con una mano, pero esa misma mano filtró la sangre entre los dedos.

Y como si no fuera suficiente, Mateo empezó a llorar, pero no como antes, no simples lloriqueos, comenzó a llorar de verdad. Tenía la nariz tapada. La piel rojiza. Yo lo quería abrazar con fuerza, pero si lo agarraba con ambas manos lo iba a manchar con sangre, así que me limité a hablarle, a decirle «ya está, mi amor, ya está, papá está cerca, ya está».

El sonido del llanto de mi bebé me provocó un nudo en la garganta. Y llorar, tener ganas de llorar, me provocaba impotencia, por lo que terminé llorando de impotencia junto con todo lo demás. Tenía ese pensamiento de que era mi culpa. Si mi bebé moqueaba, si mi nariz sangraba, si Emmanuel se iba, todo era mi culpa y de alguna forma lo merecía.

Divisé la farmacia a media cuadra, así que me limpié las lágrimas con la manga del abrigo y me puse a buscar la billetera. Mientras revolvía con una mano toda la cartera, con la otra sostenía a Mateo, con los pies trataba de caminar recto y soportar la pesadez de mi cuerpo. Una punzada lacerante me castigó la sien y me obligó a entrecerrar los ojos.

De repente, pisé una baldosa irregular y mi pie derecho se dobló. Apreté los dientes. Apreté hasta ahogar un gemido. Me paré en el lugar, traté de respirar, pero en cambio lloré con más

fuerza, sangré con más fuerza. Mateo, horrorizado por mi debacle, dejó de llorar y eso me dio fuerzas para recomponerme y seguir.

Abrí la puerta de la farmacia y la luz blanca me hizo pestañear. Al entrar, me encontré con el típico olor a desinfectante que hay en todas las farmacias porteñas y una hilera de góndolas llenas. Detrás del mostrador, la farmacéutica me echó una mirada y le cambió el semblante que un segundo atrás había sido somnoliento pero amable. La mujer frente a ella metía una bolsita con medicamentos dentro de su bolso y entonces se giró hacia la salida donde estaba yo.

Uno no se da cuenta de cómo crecen las personas hasta que las vuelve a ver luego de un tiempo largo. Eso me pasó con Azul. Al verla ahí, bajo la luz blanquecina, primero pensé que estaba alucinando. Luego me di cuenta de que no, que era real, que tenía el cabello hasta la cintura, de un negro azabache que ninguna tintura podría igualar y lacio con las puntas curvas, y el rostro ya sin rastro de redondez infantil, afilado, triangular. Entonces, en el *shopping*, ¿sí que era ella? Algo en mi pecho se abrió. Estaba hermosa y yo la había extrañado tanto...

¡Pero qué decía! ¡Ella me odiaba! Cuando se dio cuenta de quién era la mujer sangrante frente a ella, sus facciones cansadas mostraron un gesto de desaprobación. No apartó la mirada, como hice yo. ¡Caminó en mi dirección como si fuera lo más normal del mundo encontrarnos ahí años después de lo que sucedió! Agarré un algodón de las góndolas y lo apreté. Ojalá hubiera sido una especie de propulsor que nos sacase a Mateo y a mí de aquella situación. Cuando sus pasos pararon a mi lado, el corazón me iba a mil.

—Ah, hola —le dije, reparando en ella un segundo y volviendo a lo mío. A pesar de mi inminente desangramiento, estaba segura de que mis mejillas parecían una parrilla al rojo vivo. A continuación, murmuré tontamente—: No te había visto.

—¿Es un disfraz o acabás de matar a alguien?

Su voz. Así sonaba. Después de unos años uno se olvida de las voces de las personas, por más que las adore.

—Ja. Ja.

—Igual no fue un chiste.

Azul estaba ojerosa como si llevara días sin dormir. Observó el algodón que yo apretaba. De haber sido una lata, habría explotado. Abrí la bolsa y me coloqué un par de algodones en las fosas nasales. La miré desafiante.

—Es obvio que es mi sangre, Azul.

—Ya. —Se le escapó una sonrisa que quiso ocultar y hurgó en su bolso—. Tengo... Ibuprofeno... Ibuprofeno 600. ¿Querés?

—¿600? Es mucho. ¿Vos tomás eso seguido? ¿Te sentís mal o algo?

—¿Querés o no? —enfaticó.

Estiré el brazo y agarré el ibuprofeno. El sangrado se había detenido, pero mi remera daba miedo. Las piernas me temblaban del frío y, sin embargo, algo dentro de mí se templó cuando noté que mi hijo miraba a Azul con interés genuino.

—Gracias. No te veo hace años y de la nada te encuentro dos veces en un mismo día.

—Lo peor que te pasó en el día, supongo. —Me miró burlona.

—Siempre fuiste muy amable vos.

—En exceso, diría. —Le devolvió la mirada a Mateo para luego rodearnos y llegar a la salida—. Por cierto, no hace falta que me sigas por toda la ciudad. No quiero hablar con vos.

—Yo no...

Cerró la puerta tras de sí y a mí me quedó una especie de vacío en la boca del estómago. La calidez de la empatía se había esfumado: ella no me había perdonado, simplemente había sido amable. Un gusto amargo se me instaló en la lengua.

Pagué el algodón. La empleada de la farmacia me echó una mirada llena de lástima. ¿Y cómo no sentirla? De alguna forma u otra, la gente que yo más quería se alejaba de mí o me demostraba que no les importaba tanto. Mi familia, mi novio, una amiga del pasado. En el instante en que empecé a disfrutar de que alguien me ayudara, Azul lo remató con un «no quiero hablar con vos». Y con eso bastó para que mi mente creara una serie de afirmaciones destructivas:

No soy suficiente para que me sean fieles.

No soy suficiente para que mi hermana venga a mi cumpleaños.

No soy suficiente para que Azul me vuelva a hablar.

Agarré el algodón y me dirigí hacia la puerta.

Cuando la crucé y sentí el aire cálido de la noche, vi que Azul estaba apoyada en la pared, con un pie sobre esta y los brazos cruzados.

—¿Tenés auto? —me preguntó.

Le brillaban los ojos.

—No —le dije—. Jamás aprendí a manejar.

—Entonces vamos.

—¿A dónde?

—A mi departamento, Dedé. ¿A dónde va a ser?

—Así que todavía te acordás de mi apodo. —Sonreí mientras Mateo forcejeaba para que lo bajara.

—Fuiste vos la que obligaste a medio colegio a llamarte así, aunque no te quedara bien —recalcó. *Qué wacha, tiene razón*—. Vamos, queda como a cinco cuadras de acá.

—No necesito tu lástima, gracias.

—No lo hagas por vos, si no querés. Hacerlo por él.

Señaló a Mateo con la barbilla y me ofreció su brazo para sostenerme.